

Padre Obispo Jorge Novak
Archivo Diocesano de Quilmes



HOMILÍAS 1976-1977

ARCHIVO DIOCESANO DE QUILMES - PADRE OBISPO JORGE NOVAK

HOMILÍAS - 1976 - 1977

| fecha | Titulo | Firma | Sello del Obispo | Sello del Obispado | Observaciones |
|------------|--|-------|------------------|--------------------|-------------------------|
| 1976/12/08 | Homilía del Señor Obispo, en la Festividad de la inmaculada Concepción, Patrona de la Diócesis | NO | SI | NO | Del Boletín Informativo |
| 1976/12/08 | Homilía del Sr.Obispo con motivo de la Confirmación | NO | SI | NO | del Boletín Informativo |
| 1977/03/04 | Homilía en la Misa Celebrada con los Sacerdotes Salesianos Roque Cella y Domingo Vaccarini | NO | NO | NO | Versión Prof.Silva Rey |
| 1977/04/07 | Homilía del Jueves Santo Sacerdotal | NO | SI | NO | |
| 1977/04/08 | Homilía en la Pasión del Señor | NO | NO | NO | |
| 1977/04/09 | Homilía en la Vigilia pascual | NO | SI | NO | |
| 1977/04/10 | Pascua de 1977 | | | | |
| 1977/04/26 | Homilía para la Misa Celebrada en la Iniciación del Capítulo Provincial de los Verbitas | NO | NO | NO | |
| 1977/05/08 | Ordenación Sacerdotal de Gino Gardenal - A | NO | SI | NO | |
| 1977/05/08 | Homilía en la Ordenación Presbiteral de Gino Gardenal - B | NO | NO | NO | Último folio en tinta. |
| 1977/07/09 | Homilía del 09 de Julio de 1977 | NO | NO | NO | |

**FAMILIA DEL SR. OBISPO, EN LA FESTIVIDAD DE LA INMACULADA
CONCEPCION, PATRONA DE LA DIOCESIS - PRIMERA COMUNION**

Tres grandes misterios convergen en esta fecha: María en su Inmaculada Concepción; la Iglesia diocesana, en la celebración de su patrona; la Eucaristía, en la primera comunión de estos niños.

MARIA INMACULADA: la preservación del pecado original es un aspecto del misterio. En María el plan de Dios, de una humanidad limpia de todo egoísmo, de toda desviación, pudo realizarse desde el primer instante de su vida. Es ante todo plenitud de gracia (Lc.1,28), dominio irrestricto y abismal de la personalidad de María por Dios. El amor de Dios llega en ella a las raíces mismas del ser, cuanto de allí sube para florecer y fructificar nada tiene que ver con la amargura, el resentimiento: todo está penetrado por un amor pleno, maduro y fecundo espiritualmente. Un amor que, en todo momento, fue desinteresado servicio a los demás. Un amor que, en el sacrificio de sí mismo al pie de la Cruz, junto a su Hijo, llegó a la consumación.

IGLESIA DIOCESANA: en este misterio María es modelo, expresión y realización perfecta del de la Iglesia. Nos hemos preparado meditando en los días anteriores sobre lo que representa la diócesis. Es la Iglesia en forma concreta. Hemos visto que en su catedral hay una cátedra oficial: la de un sucesor de los Apóstoles. Desde ella el Evangelio es proclamado auténticamente, en perfecta unión con el Papa y con el colegio de los demás obispos. Esto nos evoca la familiaridad de María con la Palabra de Dios, como alimento de la fe, de una vida animada intensamente por ella. En la catedral hay un altar, del que participan los demás altares de la diócesis, afirmando la unidad de culto en la alabanza y en la acción de gracias. Este culto que María elevaba desde el santuario de su Corazón Inmaculado.

EUCARISTIA: toda celebración sacramental involucra un encuentro personal con el Resucitado. La comunión, como plena participación del misterio eucarístico viene a sellar cuanto se inició en el bautismo y fue ratificado en la confirmación. Por María pudo tener la humanidad, En Cristo, el lugar de encuentro con Dios que tiene en la Iglesia su prolongación en el tiempo y en el espacio. No sólo se goza la intimidad del intercambio íntimo e irrepetible con el Señor, también supone crecer en la conciencia de la solidaridad con nuestros herma-

nos. Por elle la alegría que participamos con estos niños y sus familias, cobra toda su dimensión si se valora que con este encuentro sacramental habrá más alegría para quienes la necesitan y la pueden esperar de nosotros.

Como María, como La Iglesia, caminaremos en la acción de gracias, humildes servidores de quienes peregrinan con nosotros.

Jorge Novak

Obispo de Quilmes

FAMILIA DEL SR. OBISPO CON MOTIVO DE LA CONFIRMACION

Culminamos hoy las fiestas patronales con la confirmación de un nutrido grupo de jóvenes de esta parroquia catedral. Haciendo eco a la Palabra de Dios que hemos escuchado y al acontecimiento salvífico de la bajada del Espíritu Santo a estos hermanos nuestros, hallamos tres momentos para nuestra reflexión: la Iglesia diocesana, María Inmaculada, el Espíritu Santo.

IGLESIA DIOCESANA: después de habernos dispuesto convenientemente en los días anteriores, ahondando en el inefable misterio de ser como diócesis, concreción de la Iglesia en su realización más inmediata, nos hemos congregado hoy para verificar los lazos que nos hacen una fraternidad entrañable. Expresión de la humanidad nueva que vino Cristo a fundar sobre la tierra: como respuesta unánime, en la fe, a la Palabra de Dios que nos reúne; como vibrante asamblea que, purificada por la Sangre del Cordero, entona al unísono las divinas alabanzas. Para salir luego como misioneros a comunicar a quienes nos aguardan, en el hogar, en la calle y en el trabajo, cuanto vamos recibiendo generosamente del Padre de todo bien.

MARIA INMACULADA: en esta actitud espiritual y comprometida seguimos paso a paso a nuestra Madre. Inspirada por el Espíritu Santo, mientras llevaba la Palabra encarnada en su seno para inundar de gozo la casa de su parienta, demostró que su entrega a Dios se hacía al compás de una alabanza pura e ininterrumpida. Y que esa plenitud de gozo le daba fuerzas para el humilde servicio de sus hermanos: en la casa de Isabel, en Caná, al pie de la Cruz, en las vísperas de Pentecostés. Porque ese amor era puro, nunca inficionado por el pecado, del que quedó preservada desde el primer momento para ser plenificada por la gracia divina, por eso pudo llegar a los límites de la propia donación

ESPIRITU SANTO: ni la Iglesia, ni María, que es su realización anticipada y perfecta, pueden concebirse sin el hábito del Espíritu de Dios, alentando, fecundando, sacrificando. De ahí que la confirmación celebrada en el contexto de tan inmensas perspectivas de fe, cobre una fuerza particularmente significativa hoy. Estos jóvenes reciben el don del Espíritu Santo como marca imborrable en su corazón para poder ser plenamente elementos activos en la Iglesia y para el mundo. En la mística cristiana donde "mayor felicidad hay en dar que en recibir" (Hechos 20,35); definitivamente empeñados en llegar a establecer la amistad universal, para lo que rige el principio evangélico "nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos" (jn. 15,13), sólo el ardor, la fuerza, el impulso del Espíritu Santo sirven de garantía de fidelidad. Jóvenes: sepan ser consecuentes, sepan dar sin reservas, sepan ustedes darse a sí mismos en cada palabra, en cada gesto, en cada acto presencia.

Jorge Novak
Obispo de Quilmes

4/III/77

A LOS DOCENTES PRIMARIOS

HOMILIA DE MONSEÑOR Dr. JORGE NOVAK EN LA MISA CONCELEBRADA CON
LOS SACERDOTES SALESIANOS ROQUE CELLA Y DOMINGO VACCARINI EL
DIA 4/III/77 EN LA IGLESIA DE NUESTRA SEÑORA DE LA GUARDIA
(B E R N A L)

En un nuevo inicio de las actividades educativas, nosotros, también, nos hemos querido ~~reunir~~ congregarnos hoy, haciendo un alto en las tareas de cada día, como una abstracción litúrgica, sintiéndonos por un instante comunidad educativa, más allá de nuestro colegio o de nuestra escuela. Cual la comunidad educativa de toda una amplia comunidad cristiana, constituida por la diócesis, ^{para} visibilizar poniéndonos unos junto a otros y todos delante del Señor y de su representante, que es el Obispo, significa tener la conciencia cristiana de una gran responsabilidad.

Como testigos de Cristo hemos iniciado la Cuaresma. Precisamente, yo interpreto la reunión de hoy como un acto cuaresmal, que nada tiene de triste sino de profundamente renovador, con el sentido de alentarnos, de asegurarnos que la presencia del espíritu de Dios entre en nosotros, purificándonos, para permitirnos disfrutar más de cerca las alegrías de la Pascua.

En esa Pascua por la que hemos entrado por el bautismo y en la que seguimos entrando con más intensidad en cada celebración sacramental.

Así, ~~con~~ ^{con} toda sencillez, vamos a meditar, entonces, sobre los dos textos de la palabra de Dios que acabamos de escuchar. . El del ~~profeta~~ ^{profeta} Ezequiel, ~~que~~ ^{que} en la Revelación, supone un avance muy grande de la palabra de Dios al hombre, haciéndole ver todo ese gran misterio de la conciencia.

Como educadores tenemos que sentirnos aludidos en nuestras tareas educativas, recordando que en un colegio católico, donde Cristo constituye el verdadero ideal, una de nuestras más urgentes tareas por realizar, en concreto, ~~es~~ ^{será} desarrollar la madurez de la conciencia cristiana. Mediante este profeta, ~~ya~~ ^{con} su pueblo que estaba en ese momento en el desierto, sometido a una dura prueba, donde los ideales nacionales se hallaban totalmente postrados por la destrucción del conquistador, que había llevado a ese pueblo al cautiverio, Dios vuelve a intentar como una segunda marcha al desierto, para renovarlo y disponerlo definitivamente a la recepción del Mesías.

A ese pueblo Dios le hace saber el sentido y el misterio de la conciencia que -como nos dice nuestra Iglesia, en el Concilio, en la Gaudium et Spes- constituye un santuario o, dicho en otros términos, constituye el núcleo mismo de nuestra ~~presen-~~ ^{perso-}nalidad.

Nosotros, que tanto tenemos que hablar de responsabilidad, del desarrollo de la persona humana, hemos de tener muy en cuenta como cristianos, que somos, que en la madurez de la conciencia, ante todo, es donde se constituye y lleva a sazón, una auténtica y verdadera personalidad, -como muy bien dice Dios por medio del profeta-. Tenemos que hacer conocer a nuestros educandos que Dios no quiere la muerte del pecador sino que se levante sano, se convierta y viva. Dios nos dice que hay una responsabilidad estrictamente personal; el pecado existe y va a la cuenta de quien lo cometió, pero del pecado podemos salir por la conversión.

¡Qué importante es que nuestros alumnos y alumnas emerjan luego a la vida habiendo aprendido esta verdadera característica humanista y cristiana! En rigor, el cambio de una sociedad, la regeneración de una patria tenemos que encararla siempre desde esa interioridad.

De nada servirían las leyes, las reglamentaciones, las prescripciones, si no dan al hombre un cambio, si no le permiten asumir por sí mismo una personalidad frente a la sociedad, pero enfocando la visión de Dios -como expresa muy bien el texto profético-. El que comete pecado, ése será procesado y castigado; pero previamente Dios le sigue brindando en esta vida un período de tolerancia, que no es una tolerancia pasiva, como si Dios fuera indiferente al pecado, sino que es la indulgencia del Padre que está ~~xxx~~ ^{ta} esperando la oportunidad en que el hijo va a recapacitar para volver a El y servir así a sus hermanos.

Hablando de hermanos, acabamos de escuchar, precisamente, en la lectura del Evangelio, cómo ^{en} esa línea de encuentro con el hombre, en el plan de Dios que se nos ha revelado definitivamente en Jesús, no puede haber coincidencia con Dios, sino es dándonos fraternalmente la mano los unos con los otros.

Nuestros institutos de educación católica deben recordar permanentemente que el Evangelio es la última palabra de Dios, su palabra definitiva.

Hoy hemos escuchado una periscopía, un fragmento del Evangelio, muy insinuante y muy programático. Nosotros, como integrantes de una comunidad educativa, tenemos que hacer ver a nuestros discípulos que la verdadera fraternidad es condición previa a ser aceptados por Dios como hijos. Nadie podrá decir Padre a Dios si no llama hermano a su prójimo. Por lo tanto -como manifiesta Jesús, aun en un acto tan sagrado como es la liturgia, como es el encuentro comunitario de la oración ante Dios- si no desarrollamos en paz y en armonía nuestras relaciones con nuestros hermanos, por lo menos si no hemos puesto de nuestra parte todo el esfuerzo de que somos capaces para tender de nuevo el puente de la conciliación, entonces estamos en falta misma ante Dios.

Eso lo tenemos que vivir y que enseñar, y vamos a ser eficaces como maestros en la medida en que nosotros mismos, como docentes, vayamos día a día presentándonos ante nuestros alumnos con la paz de la conciencia y la certidumbre de que sinceramente nos une la fraternidad -perdonando de corazón, como dice el Evangelio- para que podamos aparecer frente a nuestros educandos como instrumentos de paz y de reconciliación.

La palabra de Dios que hoy propone la Iglesia a todas las comunidades católicas del mundo, en la misa de este viernes, nos hace ver ya todo un programa concreto para docentes cristianos, representantes de la Iglesia misma, que es el título que a ustedes les compete, en cuanto están hablando y actuando dentro de un colegio católico en nombre de la propia Madre Iglesia.

Por eso, mis hermanos, nos hemos querido reunir hoy para comenzar estas asambleas poniéndonos ante el mismo Señor Resucitado, para que su palabra nos oriente e ilumine, para que ahora en su Eucaristía, Él salga a nuestro encuentro infundiéndonos su espíritu.

Retengamos siempre esta consoladora verdad: que en cada celebración sacramental, sobre todo en la Santa Misa, no salimos vacíos, salimos enriquecidos con el espíritu mismo del Resucitado. Todo este amplio programa, toda esa gran responsabilidad que nos incumbe como educadores católicos, la podremos realizar no sólo dentro de un marco de posibilidades sino aun de una relativa facilidad en la medida en que estamos animados por el espíritu de Cristo.

Por eso, vamos a pedir hoy muy insistentemente al Señor que a todos nos los da con generosidad para que el año que comenzamos con tanta esperanza lo podamos terminar con los frutos maduros de nuestra caridad, de una caridad que durante el año se habrá hecho humilde servicio a nuestros hermanos, que cuanto más pequeños son más merecen nuestro cariño y nuestro respeto.

Que así sea.

-Versión taquigráfica del Profesor Miguel J. Silva Rey

OBISPADO de QUILMES

Queridos hermanos presbíteros:

con grande alegría nos hemos congregado esta mañana para sentir renovadamente lo que ha significado para nosotros la llamada divina al ministerio sacerdotal. Si en todo momento tiene para nosotros vigencia la exhortación del Apóstol: "te recomiendo que reavives el don de Dios que has recibido por la imposición de mis manos" (2 Tim. 1,6), nunca alcanza la capacidad de evocación de este día, sacerdotal y eucarístico por excelencia.

Hablar del sacerdote-ministro es recorrer una de las páginas más sublimes de la vida de la Iglesia. Páginas en las que reluce clara la presencia activa del Espíritu Santo, perfilando el rostro de Cristo-servidor en el de estos hombres que, por divina elección y por la debida ordenación eclesial, se constituye en animadores de sus respectivas comunidades creyentes.

Es releer, con piadosa inflexión, la vida de esa pléyade innúmera de cristianos que se han brindado a los fieles en la proclamación infatigable de la Palabra de Dios; en la diaria acción sacramental de los misterios de nuestra fe; en una presencia solidaria que supo aglutinar en perfecta comunión de espíritus la dispersión provocada por el pecado.

Una multitud anónima, pero heroica en su silencio, que el Señor ha registrado en el Libro de la vida. Si pocos de ellos han emergido, rescatándose apenas un puñado de nombres del olvido secular, se debió a que esos gigantes de la santidad bastan por sí para personificar el heroísmo de todos, en incontables jornadas de humilde entrega.

Ante todo queremos hacer aquí una sincera profesión de fe en el misterio que, por la imposición de manos del obispo sucesor de los Apóstoles, hemos pasado a ser. Somos signos sensibles de Cristo en cuanto congrega, anima y orienta a la comunidad creyente; signos dotados de la eficacia salvadora que le confiere la acción del Espíritu a través de nuestras palabras y de nuestros gestos (véase decreto conciliar "Presbyterorum Ordinis" nº 2).

La sola constatación de esta re-presentación, ese hacer presente de modo específico e intrasferible al Señor glorioso, en cuanto es Cabeza de su Iglesia, nos debería llenar no sólo de asombro, sino también de espiritual estremecimiento, madurando en nosotros el máximo sentido de responsabilidad.

Unidos al Orden episcopal es como los presbíteros participan de la triple función de Cristo. De la función profética, al levantar el edificio de la comunidad desde los cimientos mismos de la fe; de la propiamente sacerdotal, confiriendo a la comunidad plenitud de gracia en el Espíritu desde el encuentro sacramental; de la pastoral, al impulsar a los fieles suave y eficazmente hacia la patria, presidiendo con una autoridad que es expresión de humilde e incansable servicio.

Sellados con un carácter peculiar por la unción del Espíritu, quedan configurados a Cristo como Cabeza, para actuar en su nombre, como sacramento de la gracia capital del mismo. Es así como llevan la representación del Sumo y Eterno Sacerdote en actuaciones que les quedan explícitamente reservadas o encomendadas, cuales son el sacrificio eucarístico, el perdón de los pecados, la divina alabanza que los constituye en los intercesores públicos del Pueblo de Dios.

Al destacar la grandez de este ministerio, lejos de nosotros toda idea de grandeza humana, de gloria externa, de situación privilegiada egoísta. Todo tiene vigencia en el plano profundo del misterio mismo de Cristo en cuanto preside a la Iglesia: y ya sabemos que lo hizo muriendo por ella.

Quiero, hermanos presbíteros, detenerme todavía en el ministerio de la Palabra que les compete. Tengan siempre ante su conciencia esta exhortación del Concilio: "El Pueblo de Dios se congrega primeramente por la palabra de Dios vivo, que con toda razón es requerida de labios de los sacerdotes. En efecto, como quiera que nadie puede salvarse si antes no creyere, los presbíteros, como cooperadores que son de los obispos, tienen por deber primero el de anunciar a todos el Evangelio de Dios..." (decreto conciliar "Presbyterorum Ordinis" nº 4).

Agrego un párrafo de Pablo VI, tomado de su exhortación "Evangelii Nuntiandi": "A los obispos están asociados en el ministerio de la evangelización, como responsables a título especial, los que por la ordenación sacerdotal obran en nombre de Cristo, en cuanto educadores del pueblo de Dios en la fe, predicadores, siendo además ministros de la Eucaristía y de los otros sacramentos. Todos nosotros, los Pastores, estamos pues invitados a tomar conciencia de este deber, más que cualquier otro miembro de la Iglesia. Lo que constituye la singularidad de nuestro servicio sacerdotal, lo que da unidad profunda a la infinidad de tareas que nos solicitan a lo largo de la jornada y de la vida, lo que confiere a nuestras actividades una nota específica, es precisamente esta finalidad presente en toda acción nuestra: anunciar el Evangelio de Dios, He ahí el rasgo de nuestra identidad, que ninguna duda debiera atacar, ninguna objeción eclipsar: en cuanto Pastores, hemos sido escogidos por la misericordia del Supremo Pastor, a pesar de nuestra insuficiencia, para proclamar con autoridad la Palabra de Dios" (Nº 68).

Entonces, hermanos, crezcamos en esta nuestra misteriosa conexión con la Palabra de Dios. Entendamos muy especialmente dirigido a nosotros este pasaje profético: "come lo que se te ofrece; come este rollo y ve luego a hablar a la casa de Israel... aliméntate y sáciate de este rollo que yo te doy" (Ezequiel 3, 1-3). Hagamos la experiencia personal de Jeremías: "había en mi corazón algo así como fuego ardiente, prendido en mis huesos, y aunque yo trabajaba por ahogarlo, no podía" (20,9). Tengamos el valor de decir como el Bautista, cuando nos lo demande la santidad del Evangelio que se nos ha confiado: "no te está permitido" (Mateo 14,4). Que podamos decir al término de cada día y, sobre todo, en el atardecer de la vida, como el Apóstol: "no vale la pena que yo os hable de mi vida, con tal que termine mi carrera y cumpla el ministerio que he recibido del Señor Jesús, de dar testimonio del Evangelio de la gracia de Dios" (Hechos 20, 24).

Meditemos día y noche la Santa Palabra de Dios. Así podremos tender solícitos la Mesa de la misma a nuestros fieles; así podremos, con alegría, partir el Pan a la muchedumbre hambrienta y desorientada en el desierto de este mundo. Así podremos devolver las ganas de vivir a quienes, como los discípulos de Emaús, han visto la limitación de las soluciones humanas.

Haremos de inmediato la renovación de las promesas sacerdotales. Cuando el cansancio nos haga correr el riesgo de la depresión, recordemos con gozo el día de nuestra elección y de nuestra consagración. Respondamos con la fidelidad a todo amago de claudicación. Colaboradores plenos del "Testigo fiel y veraz" (Apocalipsis 3, 14), crezcamos a diario en la respuesta generosa que de nosotros espera el Señor y el Pueblo de Dios: "yo sé bien en quién tengo puesta mi confianza, y estoy convencido de que él es capaz de conservar hasta aquel Día el bien que me ha encomendado" (2 Tim. 1, 12).

Y ustedes, hermanos, que están recibiendo todos los días el ministerio de estos preclaros colaboradores del obispo, recen por ellos, para que sirvan con alegría. Recen, para que la juventud de nuestras familias y de nuestras comunidades descubra el gozo supremo de hacer sus vidas un continuado servicio a sus hermanos.

+ Jorge Novak
obispo de Quilmes

Homilía en la Misa del JUEVES SANTO (7 de abril de 1977)

PASION DEL SEÑOR

(Viernes Santo, 8 de abril de 1977)

Hermanos:

Cada frase de la primera lectura (*Isaías 52, 13 ss.*) golpea con inusitada fuerza a nuestros oídos y ha de llevarnos a una sincera confesión de nuestros pecados. El matroto despiadado de quien sólo había hecho el bien, su sufrimiento libre, silencioso... su muerte como un criminal, mezclado con quienes hacen del asalto a mano armada y del homicidio frío y cruel ocupación diaria, por fuerza nos deben convertir a un estilo más humano de convivencia. Porque, no cabe negarlo, hemos sido nosotros, nuestros pecados, la causa de tanto tormento: "sin defensa, sin justicia, se lo llevaron..."

La carta a los Hebreos, segunda lectura, trae confianza al corazón oprimido por tanta culpa. La pasión de Jesús es el testimonio indestructible de que el Padre nos ama y quiere perdonarnos: "acerquémonos confiadamente al trono de la gracia, a fin de obtener misericordia".

Por eso dice hoy el ritual del sacramento de la penitencia, al saludar el sacerdote al cristiano arrepentido: "que Dios te dé la gracia de reconocer con sinceridad tus pecados y su misericordia".

CRUCIFICALO, CRUCIFICALO: EL GRITO DEL PECADO.

Cuando Pilato, en el forcejeo de una vil diplomacia humana que quiere salvar al inocente pero sin comprometerse con la verdad, presenta ante la multitud a Jesús coronado de espinas, con las palabras "AQUI TIENEN AL HOMBRE" expresa, sin medir el inmenso alcance de su gesto, un juicio histórico trascendente. Para siempre quedará fijada esta escena en que un simple hombre, representante del poder prepotente de un Estado como el imperio romano, reconoce la figura de un personaje que, para nosotros, ha pasado a ser EL HOMBRE por excelencia.

La meditación de este pasaje evangélico se transforma para nosotros en una clara y firme confesión de fe en Jesús como Salvador. En esta profesión de fe admitimos que la dignidad de todo hombre debe deducirse de la de este HOMBRE, admitimos que las relaciones entre todos los hombres, en todos los tiempos, deben fundamentarse en la mansedumbre, en procurar el bien no de unos pocos, sino de todos, hasta del último y más modesto hermano nuestro que habita en el más remoto rincón del planeta.

Es hora de que el grito estentóreo, animado por el odio más atroz, del "CRUCIFICALO" enmudezca para dar paso a la reconciliación sincera y definitiva.

AQUI TIENES A TU MADRE: EL GEMIDO DE LA MISERICORDIA.

Solo y desamparado, desnudo y destrozado su cuerpo, Jesús todavía tiene una gran riqueza por dejarnos: su Madre y su Espíritu. Imposible repasar las horas del Viernes Santo sin sentirnos muy cerca de María, la Madre de Jesús. Al dárnosla en el momento supremo, Jesús quiere consumir su propio despojo, esa pobreza de espíritu que tanto remarcó en el código de las bienaventuranzas.

Modelo perfecto de vida cristiana, María, fiel al pie de la cruz de su Hijo, es imagen cabal de la Iglesia-Madre que se hace solidaria de la suerte de todos sus hijos.

Lo declara el Concilio (*LUMEN GENTIUM 58*): "Así avanzó también la Santísima Virgen en la peregrinación de la fe, y mantuvo fielmente su unión con el Hijo hasta la cruz junto a la cual, no sin designio divino, se mantuvo erguida, sufriendo profundamente con su Unigénito y asociándose con entrañas de madre a su sacrificio, consintiendo con amor en la inmolación de la víctima que ella misma había engendrado..."

No son, entonces, como por otra parte ya lo indicó el Maestro, quienes dicen "Señor, Señor" los herederos del cielo, sino quienes hacen su voluntad, cumplen su palabra. Quienes lo siguen hasta el pie de la cruz, compartiendo las tribulaciones inherentes a la fidelidad con todos nuestros hermanos necesitados y atribulados.

Así nos exhorta Dios por su santa Palabra: "rodeados de una enorme cantidad de testigos, despojémonos de todo lo que nos estorba, en especial del pecado que siempre nos acecha, y corramos resueltamente al combate que se nos presenta, perseveren en el amor fraternal. No se olviden de practicar la hospitalidad... acuérdense de los que están presos, como si ustedes lo estuvieran con ellos, y de los que son maltratados, como si ustedes estuvieran en su mismo cuerpo... no se dejen llevar de la avaricia..." (*Hebreos 12,1; 13,1 ss.*)

PREGUNTA A LOS QUE ME HAN OIDO: NUESTRO TESTIMONIO.

Cuando Jesús responde a Caifás que sus discípulos saben bien lo que dijo y se fía de su testimonio, sin duda que

también nos incluía a nosotros del último cuarto del siglo XX, en el grupo de quienes debían dejar sentada la santidad de su doctrina y la rectitud de su proceder.

Una vez más experimentamos que la Iglesia nos reúne en torno a la Palabra, como hoy en torno al relato de la Pasión, para insistir en que la hemos de transmitir como testigos. También hoy los hombres, como Caifás, como Pilato, emplazan a Cristo, en la representación de sus fieles, ante el tribunal humano.

Cuando nos piden razón de nuestra santidad cristiana, violentamente denegada y perseguida por tantas manifestaciones del poder, del dinero, de los medios masivos de comunicación, debemos dejar bien parada la figura del Salvador. Cuando se trata de destruir la familia, cuando se extorsiona por medios ilícitos a quienes no están en condiciones de defenderse ante la prepotencia de la corrupción y de la mentira, debemos recordar que la verdad del Evangelio descansa sobre nuestras conciencias y ha de reflejarse en nuestra conducta: "Pregunta a los que me han oído".

Como Jesús, daremos testimonio supremo con la fuerza de su Espíritu; como su Madre, permaneceremos firmes al pie de la cruz, la cruz de todos los que son asociados inocentemente al sufrimiento redentor de Cristo.

Hermanos:

Todos estos sentimientos los vamos a expresar ahora en la oración universal del Viernes Santo. Que sea la oración de muchos días del año.

+ JORGE NOVAK
Obispo de Quilmes

VIGILIA PASCUAL

(9 de abril de 1977)

Hermanos:

Las celebraciones de los días que nos han precedido adquieren en esta Noche sacrosanta su punto culminante y su más convincente explicación. El misterio pascual nos arrastra victoriosamente a la alborada de la resurrección, bien interpretada por la luminosidad de esta vigilia.

Todo sacramento encierra, como significación y como realización, simultáneamente, la consoladora plenitud de estos días. El Triduo sacro vuelve a cobrar vigencia toda vez que, como creyentes, salimos al encuentro del Resucitado en las diversas etapas o circunstancias de nuestro peregrinar para recibir de El la comunicación de su Espíritu.

Pero esta Noche queremos destacar con particular capacidad de expresión el sacramento de nuestra primera iniciación cristiana. el bautismo que nos hizo hijos de Dios y para siempre hermanos en la participación plena de una misma fe, de una idéntica esperanza y del único amor que cabe entre los redimidos.

TESTIMONIO DEL CRISTIANISMO PRIMITIVO.

No nos resultará pesada ni ociosa, a nosotros, que tantos puntos de contacto tenemos con las primeras generaciones cristianas, no nos parecerá inútil escuchar este testimonio de San Cipriano sobre su bautismo. Abogado y profesor, se sintió llevado a la conversión a Cristo, saliendo de una crisis personal profunda, por la santidad de la religión del Evangelio y por el ejemplo de quienes la vivían.

"Cuando estaba postrado en las tinieblas de la noche, cuando iba zozobrando en medio de las aguas de este mundo borrascoso y seguía en la incertidumbre el camino del error sin saber qué sería de mi vida, desviado de la luz de la verdad, me imaginaba cosa difícil y sin duda alguna dura, según seran entonces mis aficiones, lo que me prometía la divina misericordia: que uno pudiera renacer y que, animado de nueva vida por el baño del agua de salvación, dejara lo que había sido y cambiara el hombre viejo de espíritu y de mente, aunque permaneciera la misma estructura de su cuerpo. ¿Cómo es posible, me decía, tal transformación, que de la noche a la mañana, tan de repente, se despoje uno de lo es congénito a la misma naturaleza, o se ha endurecido por hábitos inverados? Estos se han arraigado con raíces muy hondas. ¿Cuándo aprenderá la sobriedad quien se ha acostumbrado a espléndidas cenas y opíparos banquetes? y ¿cuándo se va a contentar con vulgar y sencillo vestido quien siempre brilló por el oro y la púrpura de sus rozagantes atuendos? No puede reducirse a un particular sin pomposo aparato el que gozó de dignidades y cargos. Aquel que suele ir rodeado de una escolta de clientes, cortejado con numerosa comitiva de aduladores, considera como un tormento el verse solo. A quienes se han apegado a los halagos de las pasiones, es necesario, como de costumbre, que les arrastre la embriaguez, los hinche la soberbia, los exalte la ira, los despedace la codicia, los provoque la crueldad, los alucine la ambición, los precipite la lujuria.

Esto me decía una y mil veces a mí mismo, pues, como me hallaba retenido y enredado en tantos errores de mi vida anterior, de los que no creía poder desprenderme, yo mismo condescendía con mis vicios inveterados y, desesperando de enmendarme, fomentaba mis males como hechos ya naturaleza en mí.

Mas cuando quedaron borradas por el agua de la regeneración las manchas de mi vida pasada y se infundió la luz en mi espíritu, transformado y purificado, después que me cambió en un hombre nuevo por un segundo nacimiento la infusión del Espíritu celestial, al instante se aclararon las dudas de modo maravilloso, se abrió lo que estaba cerrado, se disiparon las tinieblas, se volvió fácil lo que antes parecía difícil, se hizo posible lo que se creía imposible, de modo que pude reconocer que provenía de la tierra mi anterior vida carnal sujeta a los pecados, que era cosa de Dios lo que ahora estaba animado por el Espíritu Santo... Don de Dios es, digo, todo lo que ahora podemos. De El vivimos, por El tenemos fuerzas, de El recibimos y sentimos aquel vigor por el cual, aún permaneciendo en esta vida, nos anticipamos a gustar los preludios de la futura..." (*Carta a Donato*).

Hermanos, la constatación que efectúa un cristiano hace 1730 años del sentido que ha tenido para él su encuentro bautismal con Cristo, no sólo viene a ser confortante, sino que necesariamente se transforma en examen de conciencia para verificar la fidelidad que hemos sabido mantener a las promesas bautismales.

RENOVACION DEL HOMBRE NUEVO.

Si queremos que las inmensas posibilidades recibidas como generoso regalo de Dios en el Bautismo desarrollen toda su plenitud, debemos purificarnos en forma permanente. Con la mente y con el corazón debemos crecer en la incorporación a Cristo, en ser miembros vivientes de su Cuerpo.

Creer en interioridad:

Es la primera consigna de toda maduración como hombres nuevos. Dejemos que el Espíritu Santo actúe con toda

libertad en nosotros, percibamos nosotros mismos, desde adentro, el testimonio que da de que somos hijos de Dios (*Rom 8, 14 ss; 1 Jn 3, 24*). Cultivemos con esmero y sinceridad una conciencia cristiana, que se guía por los principios rectores que Jesús nos ha dado con su Evangelio.

Crecer en fraternidad:

Los creyentes formamos necesariamente, por voluntad divina, una familia. Somos en el mundo el hogar íntimo, luminoso que por sí representa una formal invitación a entrar para hallar la salvación. "Amen con sinceridad. Tengan horror al mal y pasión por el bien. Amense cordialmente con amor fraterno, estimando a los otros como más dignos... consideren como propias las necesidades de los santos y practiquen generosamente la hospitalidad..." (*Rom 12, 9 ss*). Sean particularmente nuestras familias cristianas expresión de la Iglesia-hogar y brillen desde ellas estas actitudes que contradistinguen a la comunidad cristiana.

Crecer en servicialidad:

Por los frutos se conoce la bondad del árbol, declaró definitivamente Jesús. Implantados como sarmientos a la vid que es Cristo (*Jn 15*) nuestros frutos han de ser los del Espíritu: "amor, alegría y paz, magnanimidad, afabilidad, bondad y confianza, mansedumbre y temperancia" (*Gál. 5, 22 ss*). Para llevar tales frutos, necesariamente hemos de someternos a la poda (*15,2*); hemos de superar el pecado: "Los que pertenecen a Cristo Jesús han crucificado la carne con sus pasiones y sus malos deseos" (*Gál. 5, 24*).

Hermanos:

El mundo necesita cristianos de verdad, que acepten todas las consecuencias de su inserción en Cristo, La sal no debe desvirtuarse, si no quiere ser pisoteada por quienes habrían de ser preservados de la corrupción por ella. El fermento no debe corromperse, pues ha de transformar radicalmente la masa de la cultura, de la historia cambiante de los hombres.

La tarea es ardua, la meta alta, el camino empinado. Pero tengamos ánimo, hagamos nuestro testimonio con alegría: el Señor Resucitado, desde el bautismo, nos ha ungió con su Espíritu. Y en cada celebración sacramental volverá a darnoslo, con "una buena medida, apretada, sacudida, desbordante" (*cf. Lc 6,38*).

+ JORGE NOVAK
Obispo de Quilmes

PASCUA DE 1977

Queridos hermanos:

"Exulten los coros de los ángeles, goce también la tierra, alégrese nuestra madre, la Iglesia"; con tan apremiante invitación en que vibra toda la esperanza de los redimidos se nos invita a celebrar la fiesta de las fiestas, nuestra pascua cristiana. Sea mi primera palabra un cordial saludo plétórico del jubiloso eco despertado en el mundo por la solemne vigilia pascual.

Que este saludo llegue a todas las comunidades de la diócesis: a cada familia, a cada parroquia, a cada fraternidad religiosa. Que llegue también a los queridos hermanos de las otras confesiones cristianas que comparten con nosotros la fe inquebrantable en la resurrección de Cristo. Que llegue a todos los demás hombres de buena voluntad, deseos de aunarse con nosotros en la tarea urgente de levantar en el mundo el sólido edificio de la paz.

¡EL SEÑOR VIVE!

Vuelve a estremecernos en lo más raigal de nuestro ser la constatación que nos hace la fe: el Señor ha resucitado, vive y nos acompaña. Como el discípulo amado exclamamos entre las fatigas de una tarea aparentemente estéril: "Es el Señor" (Jn. 21,7) y con Pedro desafiamos los elementos, seguros de la presencia insospechada de Jesús. Como los Apóstoles, nuestras comunidades familiares y las que a semejanza de ellas se han estructurado en la Iglesia "se llenan de alegría al ver al Señor" con la luz diáfana de la fe (véase Jn. 20,20; Lc. 24,42). Con el vidente del Apocalipsis recogemos el testimonio decisivo: "No temas: yo soy el Primero y el Último, el Viviente. Estuve muerto, pero ahora vivo para siempre" (Apoc. 1,17-18). El Hijo de hombre que peregrina con su Iglesia y le habla a través de su Espíritu (Apoc. 1-3).

Buena falta nos hace, hermanos, renovarnos en esta fe. En un mundo que se muere por el frío de su egoísmo y se pierde en la soledad que marca el paso del materialismo vuelve a hacerse imperiosa la testificación de una Vida plena, desinteresadamente comprometida en traer ganas de vivir en profundidad, en espiritualidad, en eternidad.

¡EL SEÑOR VUELVE!

Quien ha trastocado el destino de la historia por el misterio de su encarnación y de su resurrección, la hace caminar incesantemente hacia la meta prefijada: el reencuentro de los redimidos en el Reino del Padre. Lejos de alejarse de esta historia, el Señor sigue acercándose a ella, acelerando, por la constructiva esperanza de los suyos, el momento feliz en que la Paz y la Alegría estrecharán, en un haz inseparable, a la humanidad reconciliada.

Hermanos, hagamos nuestra la expectativa de las primeras generaciones cristianas: "Alégrense, vuelvo a insistir, alégrense: el Señor está cerca" (Filip. 4,4-5). Deseemos con todas las ansias del corazón: "Amén ¡Ven, Señor Jesús!" (Apocalipsis 21,20).

Demos a nuestra vida el sentido de una vigilia atenta y alerta (ver Lc 12,35 ss). Toda la existencia terrena del cristiano debe caracterizarse por los rasgos de un suspenso gozoso, sereno y profundo, como lo solemos sentir en la víspera de los grandes acontecimientos de la experiencia personal o de la convivencia familiar.

Lejos de disminuir la responsabilidad de construir en esta tierra un mundo más humano, la esperanza cristiana purifica los esfuerzos en pro de un mundo más acogedor, con mayor atractivo de hogar, inyectándole la capacidad de discriminar los valores terrenos a la luz de los eternos, y afirmando en el hombre la soberana libertad de los hijos de Dios con respecto a los bienes materiales.

¡EL SEÑOR ENVIA!

Lleno del Espíritu del Resucitado, fuertemente impulsado a salir al encuentro del Señor que vuelve a nosotros, el cristiano sabe que ha sido enviado como representante de una comunidad realmente misionera.

Fuero envió a María Magdalena (Jn. 20,17) como mensajera de la Resurrección, sigue contando con nosotros para hacer resonar con la fuerza de nuestro testimonio la trascendencia de este misterio en el mundo que nos circunda.

Toda la celebración sacramental es un encuentro personal, misterioso e inefable, con el Resucitado. Invariablemente el Señor nos manda como comunidad y en forma individual a solucionar los más intrincados problemas existenciales.

Somos portadores de un mensaje de Resurrección (1 Cor 15); no es un mensaje intelectual, sino de viviente testimonio. A nuestro paso de resucitados, quiere el Señor seguir diciendo a la niñez: "Niña, levántate" (Lc. 8,54), lo mismo que a la juventud: "Joven, Yo te lo ordeno: levántate" (Lc. 7,14), y a las generaciones mayores, como a Lázaro: "Ven afuera" (Jn. 11,43). Llevando este paso de resucitados sepamos sembrar al ritmo de nuestro caminar la vida, una vida nueva, sobreabundante, inmensamente feliz.

Hermanos:

Sea nuestra solidaridad con todos, pero especialmente con los más necesitados material o espiritualmente la mejor demostración de que nos guía un Espíritu nuevo, el Espíritu de Cristo, el Espíritu Santo. Que los hambrientos, solitarios, encarcelados, enfermos (*véase Mt. 25,31 ss.*) se enteren de que Cristo ha resucitado en nuestros corazones, viendo las obras de amor con que nos acercamos a ellos.

Y que esta actitud perennemente renovada nos haga desafiar todos los peligros: "Tengo la certeza de que ni la suerte ni la vida ni ninguna otra criatura podrá separarnos jamás del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, Nuestro Señor (*Rom. 8, 38-39*).

HOMILIA PARA LA MISA CONCELEBRADA
EN LA INICIACION DEL CAPITULO PROVINCIAL
DE LOS VERBITAS (Rafael Calzada 26.04.1977)

Tema : "Ven, Espiritu Santo"

§ 1. Santa María (patrona de la provincia Sur)

1.1 Revelación divina

- .1 El Espíritu Santo vendrá sobre ti (Lc 1; cfr Jn 1)
- .2 junto a la cruz estaba su madre (Jn 19 ; cfr Act 1,14)
- .3 la Mujer huyó al desierto (Apoc 12,6)

1.2 Doctrina del Magisterio

- .1 al abrazar de todo corazón y sin entorpecimiento de pecado alguno la voluntad salvífica de Dios, se consagrará totalmente como esclava del Señor a la persona y a la obra de su Hijo... (LG 56)
- .2 la Iglesia, contemplando su profunda santidad e imitando su caridad y cumpliendo fielmente la voluntad del Padre, se hace también madre mediante la palabra de Dios aceptada con fidelidad (LG 64)
- .3 La Iglesia, meditando piadosamente sobre ella y contemplándola a la luz del Verbo hecho hombre, llena de reverencia entra más a fondo en el soberano misterio de la encarnación (LG 65)

1.3 Misioneros S.V.D.

- .1 escucha interior de la Palabra
- .2 humilde servicio a los hombres
- .3 generosa solidaridad con el Cristo doliente

§ 2. la Iglesia, sacramento universal de salvación

2.1 ~~Revelación divina~~ Magisterio de la Iglesia

- .1 con la fuerza del Evangelio rejuvenece a la Iglesia, la renueva constantemente y la conduce a la unión consumada con su Esposo (LG 4)
- .2 enseña así la Iglesia al mundo que la genuina unión social exterior procede de la unión de los espíritus y de los corazones: esto es de la fe y de la caridad, que constituyen el fundamento indisoluble de su unidad en el Espíritu Santo (GS 42)

ORDENACION SACERDOTAL
DE
GINO GARDENAL
(8-5-77)
"DEMOS GRACIAS"

Hermanos:

Con el espíritu lleno de gratitud hoy son ustedes testigos y yo ministro de la primera ordenación sacerdotal de nuestra todavía diócesis de Quilmes.

En una acción de gracias que compartimos con la madre de Gino, con sus familiares y amigos, con todos los presentes, con la diócesis entera.

Aquí admiramos el maravilloso don de Dios que elige y la capacidad del hombre que, confortado por la gracia, hace de su respuesta un estilo de vida, una definición de su existencia.

¿Cómo se produjo el misterioso diálogo entre el Señor y éste, su servidor, que hoy se ha presentado para ser promovido a presbítero, a sacerdote ministerial? No lo sabemos. Tal vez fue, como en el caso del profeta, un diálogo no exento de ansiedad:

"Me fue dirigida la palabra de Yahveh en estos términos: antes de haberte formado Yo en el seno materno, te conocía, y antes de que nacieras, te tenía consagrado:
Yo te constituí profeta de las naciones.
Yo dije: Ah, Señor Yahveh! Mira que no sé expresarme, que soy un muchacho.
Y me dijo Yahveh:
No digas "soy un muchacho", pues adondequiera que yo te envíe irás,
y todo lo que te mande dirás.
No les tengas miedo, que estoy Yo para salvarte" (Jer. 1, 4-8).

Momento es éste, hermanos, para hacer una reflexión. ¿A cuántos jóvenes habla el Señor en estos términos, invitándolos a la entrega de su vida a la exclusiva proclamación de la Palabra divina y al pleno servicio del Pueblo de Dios y sólo hay actitudes evasivas, egoístas, aspiraciones terrenas?

Parroquias sin sacerdotes, zonas enteras a la espera del ministro de la Palabra y de los sacramentos, son una expresión muda y elocuente de la falta de generosidad de la juventud y de sus familias. Ya no hay, como Pablo, quien responda a la interpelación interior del Espíritu Santo: ¿qué quieres que haga? (Act. 22,10).

Por eso es sincera nuestra gratitud, y compartida nuestra alegría en la culminación de un largo camino de preparación de este joven hermano nuestro.

SIERVO DE CRISTO JESUS.

Sublime cambio ofrecido por el Señor a quien se le entrega incondicionalmente "ya no los llamo siervos, los llamo amigos" (Jn 15,15). Quien mucho pide, da infinitamente más en recuperar; "ustedes han perseverado conmigo en mis pruebas; Yo, por mi parte, dispongo un Reino para ustedes... para que coman y beban a mi mesa en mi Reino" (Lc. 22, 28-30).

Y es que el sacerdote, prolongación del Obispo, quien es, a su vez, representante de Cristo en la comunidad local, hace visible la presencia del Señor glorioso en la asamblea de los fieles. Al respecto, es diáfana y categórica la afirmación del Concilio Vaticano II:

"el misterio de los presbíteros, por estar unido con el Orden episcopal, participa de la autoridad con que Cristo mismo edifica, santifica y gobierna su cuerpo... el sacerdocio de los presbíteros se confiere por aquel especial sacramento con el que los presbíteros, por la unción del Espíritu Santo quedan sellados con un carácter particular, y así se configuran con Cristo sacerdote, de manera que puedan obrar como en persona de Cristo Cabeza" (PO2).

Obrar en persona de Cristo Cabeza:

Luego, tu palabra debe ser fiel proclamación de la Palabra de Dios, sin verter opiniones humanas, sino

Luego, tu palabra debe ser fiel proclamación de la Palabra de Dios, sin verter opiniones humanas, sino proyectada con el fuego interior del Espíritu Santo y con el arrastre de tu testimonio, cuanto el Padre ha querido darnos en su Hijo encarnado.

Obrar en persona de Cristo Cabeza:

Luego serás alabar, como Jesús (*Mt 11*) al Padre por las maravillas de salvación que el Padre obra en el mundo por la Iglesia animada por el Espíritu Santo.

La intensidad de tu espíritu contemplatorio y la alabanza pura que entonarás diariamente, como te lo pide la Iglesia, marcará la fecundidad de tu ministerio a favor del Pueblo de Dios.

Obrar en persona de Cristo Cabeza:

Luego serás incansable ministro de la reconciliación que Jesús promovió con su sangre. Recordarás solícitamente lo del Apóstol:

"Dios por Cristo nos confió el ministerio de la reconciliación. En Cristo estaba Dios reconciliando al mundo consigo... poniendo en nuestros labios la palabra de la reconciliación. Somos embajadores de Cristo, como si Dios exhortara por medio de nosotros" (*2 Cor. 5, 18-20*).

Al igual que San Juan Vianney e incontables sacerdotes más, verás en el sacramento de la reconciliación uno de los medios más excelentes, más eficaces para la recta promoción de la persona humana, pacificando su conciencia. Uno de los medios más excelentes y eficaces para la convivencia humana, ya que la paz de las conciencias se proyectará como divino mensaje de perdón.

Obrar en persona de Cristo Cabeza:

Luego elevarás gozoso la acción de gracias del mundo, de los hombres, de la Iglesia a Dios. La celebración eucarística, expresión definitiva de este hacimiento de gratitud te merecerá el más sagrado cultivo interior y exterior.

Tu misa diaria la necesitas tú y la necesita el mundo: ahora más que nunca.

Obrar en persona de Cristo Cabeza:

Luego serás la imagen perfecta del Buen Pastor que da la vida por sus ovejas (*Jn 10*). Conocerás a los hermanos que se confían, los guiarás con tu doctrina y tu ejemplo, los mantendrás unidos en torno al representante de Cristo y de su Iglesia.

Serás instrumento de la estrecha unidad que debe caracterizar al Pueblo Santo de Dios. Si fuere menester, serás mártir en pro de esa unidad. Un martirio silencioso, tan prolongado como tu vida. "Nadie tiene más amor que quien da la vida por sus amigos" (*Jn. 10*).

Cultivarás la unidad en el presbiterio, con todos los sacerdotes que lo componen. Nunca te permitas la debilidad de formar grupos que debiliten o quiebren la unidad. El Señor sabrá bendecir todas tus buenas intenciones e iniciativas si te esmeras en unir y unirte, en congregar y dejarte convocar, en perdonar y reconciliar.

Duro es el sacrificio pero espléndido su fruto. Sangra, a veces el corazón pero florece así el vergel de la Iglesia regado con tu sudor, tus lágrimas, tu sangre.

+ JORGE NOVAK
Obispo de Quilmes

HOMILIA EN LA ORDENACION PARA PRESBITERO
DE GINO GARDENAL (Quilmes, 08.05.1977)

DEMOS GRACIAS

Hermanos: con gratitud sincera hacia Dios, son hoy ustedes testigos, y yo ministro de la primera ordenación para presbítero en nuestra todavía nueva diócesis.

Es una acción de gracias que compartimos con la madre de Gino, con sus familiares y amigos, con todos los presentes; aún más: con la diócesis entera, que entrevé más allá de este acontecimiento la esperada aurora de otras, nutridas promociones al sacerdocio ministerial.

Es aquí donde admiramos el maravilloso don de Dios que elige; y la elevada capacidad del hombre que, confortado por la gracia, hace de su respuesta un estilo de vida, una clara definición de su existencia, marcándole el cuño de la más sorprendente similitud a Cristo-Siervo, con el índice más significativo de servicio a sus hermanos.

¿Cómo se desarrolló el misterioso diálogo entre el Señor y este hijo suyo que hoy se ha presentado para ser hecho presbítero de la santa Iglesia? No lo sabemos. Tal vez fue, sea en su primera etapa, o en alguna de las sucesivas, un intercambio de confianzas no exentas de ansiedad:

"me fue dirigida la palabra de Yahvé en estos términos: antes de haberte formado yo en el seno materno, te conocía,

y antes de que nacieses, te tenía consagrado: yo te constituí profeta de las naciones.

Yo dije: Ah, Señor Yahvéh! Mira que no sé expresarme, que soy un muchacho. Y me dijo Yahvéh: No digas, soy un muchacho, pues adondequiera que yo te envíe irás, y todo lo que te mande dirás. No les tengas miedo, que estoy yo para salvarte" (Jer 1, 4-8)

Hagamos, hermanos, a esta altura, una reflexión. A cuántos jóvenes habla el Señor en términos similares, invitándolos a hacer de su vida una entrega, en exclusividad, para la proclamación de su Palabra; para el pleno servicio del pueblo de Dios en la gracia sacramental y en la unidad de espíritus! Y sólo hay actitudes evasivas, egoístas, las aspiraciones no logran superar la barrera de lo intramundano y terreno!

Parroquias enteras sin sacerdotes, zonas íntegras a la espera del Ministro de la Palabra y de los sacramentos, son expresión muda, pero paradójicamente elocuente de la falta de generosidad en la juventud y, sobre todo, en las familias cristianas. Qué pocos hay como san Pablo, que responden a la interpelación interior del Espíritu Santo con un decidido: Señor, qué quieres que haga? (Hecho de los Apóstoles 22,10).

SIERVO DE CRISTO JESUS

Qué grandes estas palabras de Jesús a quien se abandona incondicionalmente: "ya nos los llamo siervos, los llamo amigos" (Jn 15,15). El pide mucho, pero da infinitamente más en retribución: "ustedes han perseverado conmigo en mis pruebas; yo, por mi parte, dispongo un Reino para ustedes... para que coman y beban a mi mesa en mi Reino" (Lc 22,28-30).

Y es que el sacerdote, prolongación del obispo quien, a su vez, es el re-presentante (el que hace presente) de Cristo en la Iglesia local, hace visible la presencia del Señor glorioso en la asamblea de los fieles, congregándolos, instruyéndolos, orientándolos y alimentándolos con la gracia de los sacramentos. Es diáfana y categórica la doctrina del Concilio Vaticano II:

"el ministerio de los presbíteros, por estar unido con el Orden episcopal, participa de la autoridad con que Cristo mismo edifica, santifica y gobierna su Cuerpo...; el sacerdocio de los presbíteros se confiere por aquel sacramento con el que los presbíteros, por la unción del Espíritu Santo, quedan sellados con un carácter particular, y así se configuran a Cristo sacerdote, de manera que puedan obrar como en persona de Cristo Cabeza" (PO 2)

Obrar en persona de Cristo Cabeza: luego tu Palabra debe ser fiel proclamación de la Palabra de Dios, sin verter opiniones humanas, sino proyectando, con el fuego interior del Espíritu Santo y con el arrastre de tu testimonio, todo lo que el Padre ha querido darnos en su Hijo encarnado.

Obrar en persona de Cristo Cabeza: luego no dejarás pasar un solo día sin entonar en nombre de la Iglesia, y a semejanza de Cristo (Mt 10), la alabanza al Padre por las maravillas de salvación que éste sigue obrando en el mundo mediante la Iglesia animada por el Espíritu Santo.

La intensidad de tu espíritu contemplativo y la alabanza que con puro corazón elevarás a diario, como te lo pide la Iglesia, marcarán la fecundidad de tu ministerio y serán índice de la eficacia de tu servicio al Pueblo santo de Dios.

Obrar en persona de Cristo Cabeza : luego serás incassable ministro de la reconciliación que Jesús logró con su sangre. Recordarás solícitamente la exhortación apostólica:

"Dios por Cristo confiés el ministerio de la reconciliación. En Cristo estaba Dios reconciliando al mundo consigo... poniendo en nuestros labios la palabra de la reconciliación. Somos embajadores de Cristo, como si Dios exhortara por medio de nosotros" (2 Cor, 5, 18s)

Al igual de san Juan Vianney, y de incontables sacerdotes más, verás en el sacramento de la reconciliación uno de los medios más excelentes, más eficaces, para la recta promoción del bien en el mundo, pacificando las conciencias.

Obrar en persona de Cristo Cabeza : elevarás gozoso la acción de gracias del mundo, de los hombres, de la Iglesia de Dios. La celebración eucarística, expresión suprema de este nacimiento de gracias gratitud, te merecerá el más delicado cultivo interior y exterior. Tu misa, incluso diaria, te hace bien a ti y hace bien al mundo: ahora más que nunca.

Obrar en persona de Cristo Cabeza : luego serás reproducción fiel del buen Pastor, que da la vida por sus ovejas (Jn 10). Conocerás de cerca a tus hermanos, los mantendrás unidos con el obispo; que nadie se sienta incómodo al deber allegarse a tu casa de pastor y guía. Te debes a todos y a cada uno. No huirás ante las exigencias de ese martirio lento que es exigencia de la unidad, muchas veces gestada en el dolor del sacerdote. Pero los frutos no se harán esperar y el Señor te bendecirá como a quien da precisamente en eso la vida por los suyos (Jn 10).

Cultivarás la unidad con el presbiterio, con todos los sacerdotes que lo componen. Todos los esfuerzos que suponen ir al encuentro del hermano o aceptar cuando espontáneamente se presenta significarán la mayor fuerza de la Iglesia. Nada más edificante para el Pueblo de Dios, nada más eficaz para la siembra del Evangelio.

SE FIEL HASTA LA MUERTE

Dios, que te llamó, se te constituye en garantía de fidelidad...

SE FIEL HASTA LA MUERTE

Dis que te llamo, también es tu parente. El Espíritu Santo que te inspiró estará en todo momento contigo para ayudarte. Te recuerdo la amonestación de Pablo a Timoteo:

"Te recuerdo que llevas el cuidado de Dios que está en ti por la inspiración del mismo. Porque no nos dio el Espíritu Santo un espíritu de timidez, sino de fortaleza, de candor y de templanza..." (2 Tim 1, 6-7).

Hay otros las palabras del salmista:

"El amor de Yahveh por siempre cantaré, de edad en edad tu lealtad anunciaré mi boca. Pues tú dijiste: cimentada está el amor por siempre, asentada en los cielos mi lealtad. Una alabanza podrá en mí elegir..." (Sal 89, 2-4).

Jerús, el Centurión fiel y veraz (Apro ^{1,5} 3, 44), quien ante César Pilato indicó tan solemne testimonio (Apro 6, 13), te recordará en todo momento. En todo momento repetiré una y mil veces, en los momentos de flojedad humana y de desaliento:

"Yo sé bien en qué tiempo puesta mi fe, y estoy convencido de que es poderoso para guardar mi espíritu hasta aquel día" (2 Tim 1, 12).

"Hasta aquel día": es una meta luminosa para el trabajador agobiado, para el administrador fiel, para el ministro infatigable.

Oh María, Virgen fiel, silenciosa y coherente, firme en la fe, próspera en la esperanza y misericordiosa en la caridad divina y fraternal, te ilumine, te aliente, te acompañe.

9. 7. 1977

HERMANOS :

Escuchada la Palabra de Dios, que debe regular nuestras acciones e inspirar cuanto dice a la vida privada y pública, la reflexión brota fácil y serena en la celebración de la fiesta patria. El Código de felicidad, las bienaventuranzas promulgadas por el Maestro divino, constituirán siempre el espejo que invita al examen de conciencia y estimula hacia la permanente superación en el bien vivir y en el recto convivir.

Nuestros próceres, aquel señoero 9 de julio de 1816, eran conscientes de su fidelidad al Evangelio. Basta recordar, al respecto, la opinión de Nicolás Avellaneda: " /El Congreso de Tucumán/ era patriota y era religioso, en el sentido más riguroso de la palabra; Su patriotismo ostenta sobre sí el sello inmortal del acta de la independencia, y su catolicismo se halla revelado casi día por día en sus decisiones o en los discursos de todos los que formaban la memorable asamblea" (BRUNO, VIII, 65).

Desde un comienzo, el magno Congreso se había trazado una línea de conducta que tomaba de la fe en Dios su más firme y pura inspiración. Valgan, para probarlo, las siguientes frases de "El Redactor"

"... A las nueve de la mañana /del 24 de marzo/ se reunieron los señores diputados en la casa congresal, y de allí se dirigieron en cuerpo al templo de san Francisco, donde asistieron a la misa del Espíritu Santo, que se cantó para implorar sus divinas luces y auxilio, protestando con ello el deseo del acierto en sus deliberaciones" (op.cit., 68).

Es igualmente probatorio el juramento de los señores diputados:

"¿Juráis a Dios nuestro Señor y prometéis a la patria conservar y defender la religión católica, apostólica, romana?" (ibid)

Con el mismo espíritu nos hemos reunido nosotros, los argentinos de este 9 de julio de 1977, a 161 años de distancia, para declarar solemnemente que en Dios, exclusivamente, se basa la felicidad del individuo y de la sociedad. Para profesar que sólo admitiendo el Evangelio que nos ha revelado el Hijo de Dios se descubrirán pautas válidas universalmente para brindar soluciones definitivas en la búsqueda afanosa de nuestra identidad, encarando serenamente la construcción de nuestro futuro.

Sólo mediante la fe en Cristo se da el verdadero hombre nuevo, como ya lo decía hace 1830 años un gran cristiano, mártir de su fidelidad a Cristo, san Justino: "...Los que antes nos complacíamos en la disolución, ahora abrazamos sólo la castidad; los que nos entregábamos a las artes mágicas, ahora nos hemos consagrado al Dios bueno e ingénito; los que antes amábamos por encima de todo el dinero y los acrecentamientos de nuestros bienes, ahora, aun lo que tenemos, lo ponemos en común y de ello damos parte a todo el que está necesitado; los que antes nos odiábamos y matábamos los unos a los otros y no compartíamos el hogar con quienes no eran de nuestra propia raza por la diferencia de costumbres, ahora, después de la aparición de Cristo, vivimos todos juntos y rogamos por nuestros enemigos y tratamos de persuadir a los que nos aborrecen injustamente..." (BAC 116, 195).

Así, con sencillez, fluye la verdad del Evangelio iluminando y dando vida a la única moral cristiana: volver a Dios mediante la insesante conversión para brindarse al hombre, hermano por la sangre de Jesús que la derramó por todos. Surge de esa manera la fraternidad profunda, entrañable, en la mutua aceptación, en la recíproca ayuda, en el ininterrumpido perdón, en el eficiente esfuerzo por superar el temor de la inseguridad, la angustia del pan de cada día y la adecuada educación de nuestra niñez y de nuestra juventud.

Quiero citar, al concluir, las palabras con que el buen Papa Juan XXIII cerraba su inmortal encíclica "Pacem in Terris":

"...consideramos deber nuestro consagrar todos nuestros pensamiento, preocupaciones y energías a procurar este bien común universal de la paz. Pero la paz será palabra vacía mientras no se funde sobre el orden, cuyas líneas fundamentales, movidos por una gran esperanza, hemos como esbozado en esta nuestra encíclica: un orden basado en la verdad, establecido de acuerdo con las normas de la justicia, sustentado y henchido por la caridad y, finalmente, realizado bajo los auspicios de la libertad....

Pidamos, pues, con instantes súplicas al divino Redentor esta paz que el mismo nos trajo. Que el borre de los hombres cuanto pueda poner en peligro esta paz y convierta a todos en testigos de la verdad, de la justicia y del amor fraterno. Que él ilumine también con su luz la mente de los que gobiernan las naciones, para que, al mismo tiempo que les procuran una digna prosperidad, ase-

guren a sus compatriotas el don hermosísimo de la paz. Que, finalmente, Cristo encienda las voluntades de todos los hombres, para echar por tierra las barreras que dividen a los unos de los otros, para estrechar los vínculos de la mutua caridad, para fomentar la recíproca comprensión, para perdonar, en fin, a cuantos nos hayan injuriado..." (PiT 167. 171)

Que María Santísima, cuya protección, bajo el título de Nuestra Señora de Itatí, recuerdan en el día de hoy tantos argentinos, nos obtenga, por su intercesión, materna y comprensiva, el don inestimable de la perfecta concordia de espíritus.